

Script Ready	/ /	AR
Recorded	/ /	SM
Edited	/ /	
Checked	/ /	
Corrected	/ /	
Mastered	/ /	

PROGRAMA No. 0179

LEVÍTICO

Capítulos 17:8 - 18:5

Continuamos hoy, amigo oyente, nuestro recorrido por el libro de Levítico. Prosiguiendo nuestro estudio del capítulo 17 de este tercer libro de Moisés, llegamos hoy al tercer aspecto en consideración en este capítulo que es la “ofrenda de sacrificio en el Tabernáculo”. Leamos los versículos 8 y 9 de este capítulo 17 de Levítico, que dice:

⁸Les dirás también: Cualquier varón de la casa de Israel, o de los extranjeros que moran entre vosotros, que ofreciere holocausto o sacrificio, ⁹y no lo trajere a la puerta del tabernáculo de reunión para hacerlo a Jehová, el tal varón será igualmente cortado de su pueblo. (Lev. 17:8-9)

Dios es específico en cuanto a la diferencia entre un animal que alguien traía para su propio alimento y el que se traía para una ofrenda. Dios no les dejaba presentar un animal como ofrenda y luego llevarlo a casa para comerlo. En estos dos versículos, Dios habla en cuanto al animal que se traía para el holocausto. Cuando traían el animal como ofrenda, tenían que ofrecerlo según la ley del holocausto. Había un solo lugar para el sacrificio. El Señor repitió esto muchas veces para disuadir a Israel de la idolatría.

Se nos dice en la primera carta de Pablo a los Corintios, capítulo 10, versículo 14: “*Por tanto, amados míos, huid de la idolatría*”. Y una vez más, en la segunda carta a los Corintios, capítulo 6, versículos 14 al 17 leemos: “*No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como*

Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, Y seré su Dios, Y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, Y no toquéis lo inmundo; Y yo os recibiré”.

Este es un gran principio que también es aplicable a la iglesia. Hay peligro en la asociación comprometedor con el inconverso en asuntos de la religión, la política, el matrimonio, los negocios, o en la vida social. Dios nos ha dado una amonestación muy clara en cuanto a esto en Su Palabra. Y pasamos ahora al cuarto y último aspecto en consideración en este capítulo 17 de Levítico, que es “la obligación de no comer sangre”. Leamos los versículos 10 y 11 de Levítico capítulo 17:

¹⁰Si cualquier varón de la casa de Israel, o de los extranjeros que moran entre ellos, comiere alguna sangre, yo pondré mi rostro contra la persona que comiere sangre, y la cortaré de entre su pueblo. ¹¹Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona. (Lev. 17:10-11)

Consideramos el versículo 11 aquí como uno de los versículos claves de este libro de Levítico y en realidad de toda la Biblia. La vida está en la sangre. Esto se declara una vez más en el versículo 14 y es la base de todo sacrificio. Continuemos leyendo los versículos 12 al 14:

¹²Por tanto, he dicho a los hijos de Israel: Ninguna persona de vosotros comerá sangre, ni el extranjero que mora entre vosotros comerá sangre. ¹³Y cualquier varón de los hijos de Israel, o de los extranjeros que moran entre ellos, que cazare animal o ave que sea de comer, derramará su sangre y la cubrirá con tierra. ¹⁴Porque la vida de toda carne es su sangre; por tanto, he dicho a los hijos de Israel: No comeréis la sangre de ninguna carne, porque la vida de toda carne es su sangre; cualquiera que la comiere será cortado. (Lev. 17:12-14)

Usted recordará que el Señor Jesucristo dijo algo muy interesante que encontramos en el evangelio según San Juan, capítulo 6, versículos 54 al 56, y que creemos se relaciona íntimamente con todo esto. Él dijo: “Él que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna;

y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él". La vida de la carne está en la sangre, y lo que Jesús está diciendo aquí es que debemos aceptar Su sangre derramada por nuestros pecados, por la fe, y entonces, recibimos la vida. Jesús derramó Su sangre y dio Su vida, amigo oyente, por usted y por mí. La vida está en la sangre.

Y esta es una gran verdad eternal. Esto explica por qué el sacrificio de Abel fue más excelente que el de Caín. Es porque la sangre es lo que expía para lograr la salvación del alma. Y la sangre de Cristo es lo único que puede perdonar el pecado. No hay nada ofensivo en cuanto a la sangre; la ofensa se encuentra en realidad en nuestro pecado. Leamos ahora los versículos 15 y 16 de Levítico capítulo 17:

¹⁵Y cualquier persona, así de los naturales como de los extranjeros, que comiere animal mortecino o despedazado por fiera, lavará sus vestidos y a sí misma se lavará con agua, y será inmunda hasta la noche; entonces será limpia. ¹⁶Y si no los lavare, ni lavare su cuerpo, llevará su iniquidad. (Lev. 17:15-16)

Ahora, es posible comprender que, cuando un animal moría por cualquier causa, inclusive por haber sido despedazado por una fiera, tal animal no había sido desangrado como se explica en el versículo 13, por lo cual no se debía comer de él. Y si alguna persona comía de tal animal, era considerada inmunda y necesitaba purificarse. Ahora, este aspecto ya lo consideramos ampliamente cuando estudiamos el capítulo 11 de Levítico, especialmente los versículos 39 y 40 de ese capítulo. Y para terminar este capítulo 17 de Levítico, quisiera citar las palabras de un himno que expresa muy bien esta verdad en cuanto a la sangre de Cristo; dice:

¿Qué me puede dar perdón? Sólo de Jesús la sangre,

¿Y un nuevo corazón? Sólo de Jesús la sangre.

Precioso es el raudal, Que limpia todo mal;

No hay otro manantial, Sólo de Jesús la sangre.

Y así, amigo oyente, concluimos nuestro estudio del capítulo 17 de Levítico. Y llegamos ahora al capítulo 18. El tema central de este capítulo es la “condenación de la inmoralidad”. Es una amplificación del séptimo mandamiento. Las leyes que hemos estudiado hasta ahora, son las que reglamentan la purificación ceremonial, o sea, los reglamentos que controlaban el ritual de la religión. Ahora, en los capítulos 18 al 20, encontraremos una sección especial que aplica los Diez Mandamientos a las situaciones de la vida cotidiana.

Esta sección principia con un preámbulo en los versículos 1 hasta el 5 del capítulo 18, y termina con una posdata formal al final del capítulo 20. Este preámbulo y posdata son muy importantes porque explican el motivo de las restricciones y regulaciones de la vida social del pueblo escogido de Dios. Hoy en día vivimos en un tiempo cuando parece que los mismos fundamentos morales han sido destruidos y quitados. ¿Quién es el que dicta las leyes; y qué es malo y qué es bueno? Eso es lo que pregunta el escéptico escarnecedor. Veremos, pues, que este preámbulo y posdata nos dan una doble explicación.

Tres veces en el preámbulo, en los versículos 2, 4 y 5, la Biblia dice: “*Yo soy Jehová vuestro Dios*”. ¡Es Dios quien dicta las leyes! Luego, la postdata da el segundo motivo de obediencia a estas leyes. En el versículo 26 del capítulo 20 de Levítico, dice: “*Habéis, pues, de serme santos, porque yo Jehová soy santo, y os he apartado de los pueblos para que seáis míos*”. Dios exige que Su pueblo sea santo. La pureza en todas las situaciones de la vida es el mandato de Dios.

Ahora, al comenzar nuestro estudio del capítulo 18, veremos que este capítulo trata principalmente el séptimo mandamiento. Indica en detalle lo que quiere decir el adulterio. Los pecados sexuales son su tema. Estos son los pecados que caracterizan a una sociedad decadente, y la decadencia y caída de los imperios.

Veamos ahora brevemente, el bosquejo que seguiremos en el estudio del capítulo 18. Dijimos que el tema central es “la condenación de la inmoralidad”, o sea, una exposición

amplificada del séptimo mandamiento. Y consideraremos este tema bajo los seis aspectos siguientes:

Primero, el preámbulo a las prohibiciones sociales, en los versículos 1 al 5.

En Segundo lugar, la prohibición de las relaciones sexuales con parientes; versículos 6 al 16.

En tercer lugar, la prohibición de los diversos pecados sexuales, en los versículos 17 al 20.

En cuarto lugar, la prohibición de ofrecer los hijos en sacrificio a Moloc; versículo 21.

En quinto lugar, la prohibición de la perversión del sexo, en los versículos 22 y 23.

Y en sexto y último lugar, las naciones palestinas expulsadas de sus tierras por haber cometido estos pecados; en los versículos 24 al 30. Comencemos, pues, con el primer aspecto, o sea, el “preámbulo a las prohibiciones sociales”. Leamos los primeros cinco versículos de este capítulo 18 de Levítico:

¹Habló Jehová a Moisés, diciendo: ²Habla a los hijos de Israel, y diles: Yo soy Jehová vuestro Dios. ³No haréis como hacen en la tierra de Egipto, en la cual morasteis; ni haréis como hacen en la tierra de Canaán, a la cual yo os conduzco, ni andaréis en sus estatutos. ⁴Mis ordenanzas pondréis por obra, y mis estatutos guardaréis, andando en ellos. Yo Jehová vuestro Dios. ⁵Por tanto, guardaréis mis estatutos y mis ordenanzas, los cuales haciendo el hombre, vivirá en ellos. Yo Jehová. (Lev. 18:1-5)

El pueblo de Israel acaba de salir de Egipto, donde había practicado todas estas cosas que ahora son prohibidas. Los odiosos pecados que se mencionan aquí eran realmente la manera de vivir para los egipcios de aquel entonces. Dios tuvo que apartar a Su pueblo de la influencia de aquel ambiente perverso. Así que ahora iban rumbo hacia la tierra de Canaán, una tierra que fluye leche y miel. Pero había otra cosa en Canaán. También estaban allí los cananeos quienes eran igualmente muy inmorales. Dios vio que los hijos de Israel estaban atrapados, como lo dice

el dicho: “entre la espada y la pared”. Los egipcios estaban detrás de ellos y los cananeos estaban delante, y ambos grupos eran perversos e inmorales.

Vivimos en un día cuando se habla de una revolución sexual. Y nos preguntamos si los hombres han leído este capítulo 18 de Levítico. Permítanos decir, amigo oyente, que en realidad no hay nada nuevo en absoluto en cuanto a esta pretendida revolución sexual. Se trata de la misma vieja inmoralidad que caracterizó la vida en Egipto y en Canaán.

Dios dice: “*Yo soy Jehová vuestro Dios*”, y “*Yo Jehová*”. ¿Quién es entonces el que dicta las leyes? Es Dios quien las dicta. Alguien dirá: “Bueno, yo no quiero guardarlas”. Está bien, pero todavía es Dios quien dicta las leyes. Es malo violar uno de los Diez Mandamientos porque Dios dice que es malo. El escéptico no quedará satisfecho con ningún argumento, puesto que dicta sus propias leyes y cree ser su propio Dios.

Si es que usted, amigo oyente, puede crear todo un universo necesitará crear un sistema planetario con un sol y una luna y unas pocas estrellas. Ahora, si le es posible crear todo eso, pues, entonces bien puede dictar sus propios Diez Mandamientos. Pero, mientras usted, amigo oyente, viva en el mundo de Dios, inhalando Su aire, gozándose de Su luz del sol, bebiendo Su agua, caminando en Su tierra, y sin pagar alquiler alguno, es mejor que usted obedezca Sus mandamientos. Dios nos dice que, si violamos Sus mandamientos, tendremos que pagarlo. Y, amigo oyente, ¡le costará caro! Puede ser que aquí en la tierra no le arreste la policía, pero algún día tendrá usted que pararse delante del Señor.

Las cosas que Dios dijo que eran inmorales en los Diez Mandamientos todavía hoy continúan siendo inmorales. Escuche usted lo que dice San Pablo en Su primera carta a los creyentes en Tesalónica, el capítulo 4, versículos 5 al 7; el Apóstol Pablo dice: “*No en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios; que ninguno agravie ni engañe en nada a su hermano; porque el Señor es vengador de todo esto, como ya os hemos dicho y testificado. Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación*”.

Y en su carta a la iglesia en la ciudad de Éfeso, dice en el capítulo 4, versículos 17 al 19: *“Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza”*. Además, dice el Apóstol Pablo en su primera carta a los Corintios, capítulo 5, versículo 11: *“Más bien os escribí que no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón; con el tal ni aun comáis”*.

Y por último, tenemos esta amonestación del Apóstol Pedro en su segunda carta universal, capítulo 1, versículo 4, donde dice: *“Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia”*.

Notemos que todos estos pasajes se encuentran en las epístolas del Nuevo Testamento. Nos están hablando a usted y a mí, amigo oyente. El hijo de Dios, en cualquiera edad, es llamado a vivir en santidad.

Y aquí, amigo oyente, nos detenemos por esta ocasión. Continuaremos este interesante estudio del capítulo 18 de Levítico en nuestro próximo programa y confiamos que usted nos acompañará. Mientras retornamos en la continuación de este estudio, le sugerimos leer todo el capítulo 18 de Levítico. De esta forma estará usted listo y bien preparado para estudiar juntos la Palabra de Dios. Le recordamos que tenemos a su orden las notas y bosquejos que hemos preparado con el fin de ayudarle a una mejor comprensión de la Biblia. Están a su disposición sin costo alguno para usted en la dirección que dentro de instantes proveeremos. Al escribirnos, tenga presente hacerlo con toda claridad, indicando sus datos personales, es decir, su nombre y dirección completos y en orden. Hacerlo de esta forma nos permitirá enviarle con prontitud las notas y bosquejos que usted solicite. Quedamos, pues, en espera de su pedido. Será, entonces, hasta nuestro próximo programa, es nuestra oración ¡que el Señor le bendiga abundantemente!